



Atacama, balbuceando cordilleras

Cultura, 23/02/2019

Matices que fui descubriendo en los entramados que llevaban a los glaciares.

Los humedales resecaos por los relaves ácidos del oro

Los flamencos agrupados como en oración junto a los salares.

Los hermanos coyas con sus cabras y asnos cruzando cordilleras, honrando a sus ancestros por Pircas Negras, recorriendo las tres Lagunas en torno al volcán Ojos del Salado, la del Negro Francisco, la Santa Rosa y la Verde. Soledades amenazantes siempre, lugares que unos pocos pioneros se han atrevido a enfrentar.

Los salares, ojos de un océano misterioso que quedo estampado en fósiles de peces cremados por fuegos milenarios y que gritan su dolor en las dimensiones de desiertos profundos hacia el cielo, paradojas ignotas de las montañas.

Caminando por las huellas de carretas tiradas por mulas, arribo al corazón resguardado de la naturaleza, con su cofre de rocas aceradas, empinadas como gritos hacia las estrellas. El silencio muerde el alma, la lumbre de la lámpara a carburo es la única certeza, todo lo demás son astros que titilan, cometas fugaces, dimensiones límites. Los fantasmas, constreñidos a escapadas breves, cruzan raudos por las galerías de una mina abandonada, de un pique pirquinero, por una dosis de muerte que no alcanzó apagar la ambición dorada y como eco del averno sigue dentro del minero solitario que cuida su veta de cualquier extraño, por la eternidad.

El tranco es ahora medurado, el aire se condensa, el corazón brinca los ritmos azules del cielo y va anunciando necesarios reposos. El choquero tarda en hervir, el café oloroso empaña la mirada, la jarra quema.